

*Carmen, Consuelo.*

CONSUELO.—¡Calle usted por Dios, Carmelita, usted no sabe!

CARMEN.—¿Qué? ¿Don Damián la ceba a usted, de verdad?

CONSUELO.—Más que un tureo de comedia. Pero bueno, eso no importaría. ¿A qué mujer no le gusta que la celen?... ¡Es que además ha echado un geniecito! Y no porque propiamente lo que se dice beber, él beba. ¡Pero tiene una tropa de amigotes gorriones!... Yo los colgaria a pescuezo por farol. Y ahora que una copa, luego otra y una tercera por corresponder. Y mi hombre que un día y el siguiente se me viene a casita como un caldero de vapor... Y a mi me contagia. Cuando él no estalla, estallo yo... Sin ir más lejos, el último domingo...

CARMEN.—¿Pero que los domingos no está prohibido el despacho?

CONSUELO.—¿De alcoholes? ¿Prohibido? En los papeles... Cambian de recipiente y nada más. Si lo oyese usted a mi Damián: "Pero mujer si no he bebido más que tres pocillos de vermuth". O también; ¿quieres tú que esté "alterao"—no dice borracho ni a tiros, sino "alterao"—quieres que esté "alterao" con una miserable "tetera" de "suisés"?

CARMEN.—¿Qué picardía!

CONSUELO.—Pues verá usted. ¿Con quién piensa usted que la emprendió el domingo pasado?...

CARMEN.—¡No sé! ¡Ah, sí! ¿Tal vez con Chingolo?

CONSUELO.—¡Quite usted! ¡Qué ha de ser! Con Pirrinchín.

CARMEN.—¡Jesús María! (Riendo). ¿Con el lorito?

CONSUELO.—En persona. Con el pobrecito papagayo... La tiene con el animalito.

CARMEN.—Vaya una originalidad.

CONSUELO.—(Con cierta gravedad). No se supone. Pá mí que Pirrinchín se trae su intención. (Se acerca un poco y con misterio). Dígame Carmelita, ¿usted no cree, de verdad, que nosotros descendemos de los animales?

CARMEN.—¿Del mono, quiere decir usted? Esas son sabidurías muy profundas... Y a la verdad, no me ha dado por engolfarme... Que los macacos se nos parecen, es indudable.

CONSUELO.—(Sentenciosamente). Mucho. Pero más los papagayos.

CARMEN.—¿Es posible?...

CONSUELO.—Primero, ya ve usted, hablan. Después otra prueba mayor de que son enteramente como las personas. Les quiere usted enseñar cosas útiles y no las aprenden. Les repite usted groserías, ordinariices, malas palabras, y al momento.

CARMEN.—¡Eso sí! ¡Pirrinchito sabe un repertorio! Solemos oirlo desde aquí.

CONSUELO.—¡Calle usted! Que algunas veces me avergüenza. Es un carretero... Y si no lo quisiera tanto... Mire usted lo que yo he hecho para que se le quede algo del Ave María o el Padrenuestro. Más que fuese el principio del Bendito... Ni para atrás ni para adelante. ¡En cambio conoce una letanía!... "Borrachón, sinvergüenza, cochino, atorrante". Cuando no le suelta a usted cierto término que no se puede repetir... Ese que tiene una hache en el medio.

CARMEN.—Ya, ya...

CONSUELO.—Pero la hago perder tiempo, Carmelita; usted no cose.

CARMEN.—No tiene prisa. Es un cuellito para el vestido azul de Milagros.